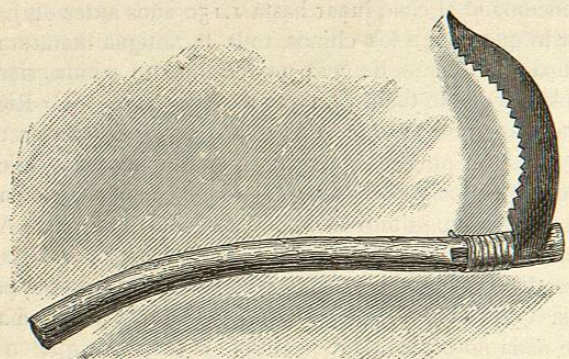


dose el valle de este río en un segundo territorio de emigraciones radiales que desde allí se esparcieron siguiendo principalmente la dirección Este; de modo que el imperio de Yao no estaba formado por un gran territorio homogéneo sino que comprendía únicamente las llanuras y los valles de algunos grandes ríos. «Esta misma forma y este mismo carácter le hubiéramos supuesto nosotros si *a priori* y tomando por base la configuración del suelo hubiésemos tenido que indicar el camino más probable por el cual hubo de extenderse un pueblo agrícola procedente del Noroeste.» Y como los chinos han conservado siempre los mismos medios de extender su poderío, su actual difusión y su soberanía, interrumpidas aún por algunas comarcas montañosas, no son más que una reproducción en mayores proporciones de aquel anterior estado de cosas. Este sistema de conquista, sin embargo, difícilmente va unido á una adhe-



Hoz tártara (Museo para Etnografía, Leipzig).

rencia firme y poderosa; de ello nos ofrece frecuentes ejemplos la historia china de posteriores tiempos. La ulterior difusión de los chinos primero hacia el Norte y el Este y luego hacia el Sud no se realizó, pues, sin que con el tiempo perdiera este pueblo la consistencia que en el Oeste había tenido. Ya á principios de la dinastía Hsia perdió el país situado al Oeste de las fronteras de la actual provincia de Kansú y por lo que hace á los territorios que en cambio de él adquirieron, los perdieron los chinos más tarde para recuperarlos definitivamente tras largo plazo. De cuán lentamente se realizó el proceso de la asimilación gradual de los pueblos allí sedentarios por medio de una civilización superior y de una administración fuertemente organizada y siempre atenta al fin que se proponía, de cuán lentamente se realizó este proceso del que todavía son hoy testigos Setschuán, Kueitschau y Jünnán, es buena prueba el hecho de que en tiempo de Confucio se habla aún de los «bárbaros de Hwai.»

Por lo demás, sea cual fuere la confianza que merezca la obra original del Yükung, la prueba sino del origen por lo menos de la cohesión y de la influencia que del exterior recibió la cultura china ha de buscarse dentro de aquella otra dirección en que más arriba hemos arrojado alguna luz sobre el antiguo patrimonio común de la cultura.

Algunos de los recursos propios de la civilización cuya conquista atribuye la tradición china al emperador Hwang Ti denotan un origen asiático occidental: este soberano mítico que lleva el sobrenombre de Nai ó Nak fundó, al igual que el dios susiano Nakhunte, un ciclo de 12 años é instituyó el año de 360 días dividido en doce meses y uno bisiesto, cuyos nombres tenían el mismo significado que en la antigua Babilonia. El observatorio astronómico que construyó recuerda las obras análogas de los babilonios;

con estos asiático-occidentales tan versados en la ciencia celeste compartió la antigua China no sólo la predilección por la astroscopía sino también el encadenamiento de la misma como astrología con las cosas de la vida. De todos los pueblos actuales el chino es el más influido por la astrología y el único representante de la opresora preponderancia que esta ciencia de la superstición alcanzó desde muy antiguo en la Mesopotamia. También los chinos conocen cinco planetas cuatro de los cuales llevan los mismos nombres que con igual significado tuvieron en Babilonia, hallándose el pueblo chino envuelto en un tejido de presagios y de profecías de carácter más bien oeste que este-asiático. Pocas noticias tenemos acerca de la religión de estos antepasados, pero la presencia de un Schangti á quien se hacen sacrificios como ser supremo, al paso que se ofrecen también, aunque con el carácter de secundarios, «á los seis venerados, á las montañas, á los ríos y á toda la legión de espíritus,» nos recuerda que en los textos susiánicos figuran debajo de la divinidad suprema seis dioses de más baja categoría. Y aun cuando la narración del gran diluvio puede derivar de algún desbordamiento del Hoangho como los que con tanta frecuencia ha presenciado la historia, no puede desconocerse que tiene muchos puntos de contacto con la leyenda bíblica del diluvio nacida en Mesopotamia. El gran Yu que encauza nuevamente las aguas atravesando sin darse punto de reposo el país y pasando tres veces por delante de la puerta de éste sin penetrar por ella, tiene su homónimo en una serie de emanaciones de la idea fundamental de un dios de segundo orden que completa la creación ó restablece en su pristino estado las cosas que se han salido de su corriente natural.

Los chinos son un pueblo agricultor que despliega en esta rama de la actividad humana una energía y un exclusivismo que ningún otro nos ofrece. En sus antiguas crónicas se mencionan con frecuencia los «seis frutos del campo» que se consideran como base fundamental de la agricultura y que son: tres clases de mijo, el arroz, la cebada y las judías en su mayor parte oriundos, al decir de los botánicos, de las comarcas occidentales y meridionales de Asia. Otras clases de cereales que hoy se cultivan en China ó han sido posteriormente importadas, como el maíz y el trigo sarracénico, ó bien, como sucede con la avena en los territorios septentrionales de China, aparecen en tan limitada extensión que hacen el efecto de haber sido muy tardíamente introducidos. El centeno parece haber sido completamente desconocido por los chinos: respecto del trigo nada puede decirse con seguridad. Por regla general los chinos están, al parecer, todos de acuerdo en reconocer como posesión originaria de sus antepasados en punto á cereales los citados «seis frutos del campo.» En pro de la teoría que supone á los chinos procedentes de países extranjeros hay quizás que tener en cuenta que ciertos elementos de la escritura china indican un sistema de agricultura distinto del que más tarde se siguió en las regiones del Norte de China y en los territorios bajos del Yantse fecundados por las abundantes y casi tropicales lluvias de estío: en los más antiguos signos ideográficos encontramos para una porción de objetos comunes ciertas referencias con el agua, con los fosos, con el riego, etc., «de lo cual puede deducirse — dice Richthofen — que el agua tuvo en las antiguas residencias tanta importancia como pueda tener entre los habitantes de los oasis de riego cuya existencia depende por completo de este elemento.»

## CAPÍTULO II

## EL NOMADISMO DE LOS PUEBLOS PASTORES

«E Ismael creció, habitó en el desierto y fué un buen saetero.»

GEN. XXI.

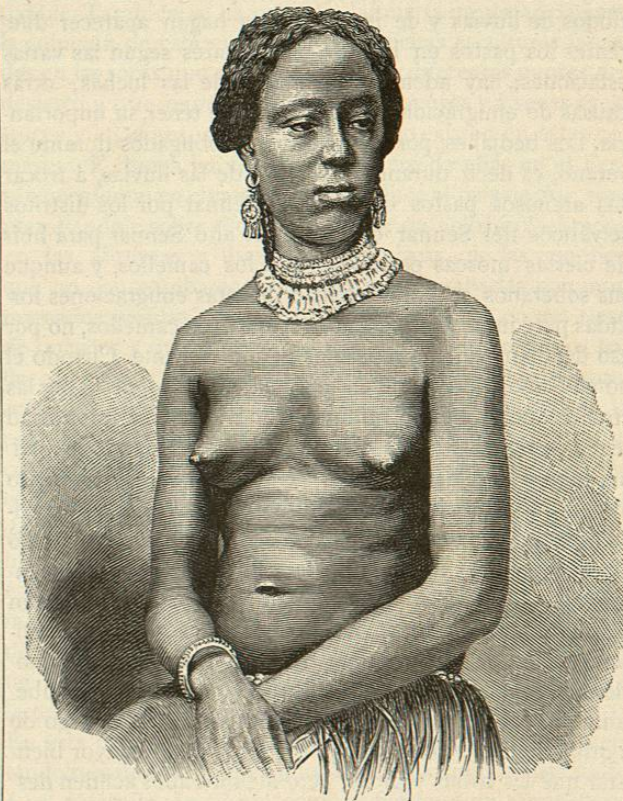
La zona de estepas. — Encadenamiento de los territorios nómadas y civilizados. — Suelo natural del nómada. — Sus gradaciones. — Las emigraciones y la difusión. — Traslados forzosos de pueblos enteros. — Patria y fronteras. — Rápida variación en las cifras de población. — Mezclas. — Economía del nómada. — Riqueza y miseria. — Guerra y robo. — Desertores de la civilización. — Política de las estepas. — Transición á la vida sedentaria. — Nomadismo y civilización.

En una zona que oblicuamente atraviesa todo el antiguo continente desde los 10° de latitud Sud hasta los 60 de latitud Norte, desde el Atlántico hasta el Pacífico, existen vastísimos territorios, desiertos ó estepas, en los cuales están enclavados á manera de oasis los antiguos países civilizados. Habitan en ellos pueblos que ocupan grandes extensiones, muy movedizos y en extremo influyentes sobre sus vecinos cuyos territorios violan constantemente y cuyas fronteras atacan de continuo; y no contentos con esto penetran hasta el corazón de estas comarcas, las sojuzgan, se establecen en ellas y perturban y destruyen la civilización de sus naturales sin que en esto ganen otra cosa desde el punto de vista de la cultura que asimilársela muy lentamente y aun dentro de determinados límites. Es un hecho de trascendental importancia para la civilización de la humanidad el que estos territorios de los pueblos pastores estén tan íntimamente en contacto con los territorios civilizados del antiguo mundo que la historia de unos y otros se halla enlazada de una manera inseparable. Nuestros mapas de la civilización relativos al África y al Asia demuestran con la gran extensión del territorio de la soberanía nómada la extensión de los avances de estos pueblos que en Asia, especialmente en la India anterior, llegaron, bien que sólo temporalmente, mucho más allá de lo que sus huellas indican. En estas estepas se ha hecho permanente la emigración de los pueblos; ellas constituyen los pastos que recorren las hordas nómadas que aunque faltas de residencias fijas tienen, á menudo impuesta por la necesidad de unirse, una organización sólida y que gracias á esta misma organización han sido con frecuencia el espanto de otros pueblos más perfeccionados y en el fondo más poderosos que ellos pero menos movibles y menos dotados del espíritu de obediencia que á los pastores caracteriza. Para no salirnos de las puertas de nuestro continente citaremos los países llanos del Sudeste de Europa, en el bajo Danubio y en los afluentes septentrionales del mar Negro: en estos territorios un pueblo empuja constantemente á otro y todos se empujan hacia el Este y el Sud, los escitas á los cimérios, los sármatas á los escitas, los avaros á los sármatas, los hunos á los avaros, los tártaros á los hunos y los turcos á los tártaros. Por regla general los testimonios históricos, no nos permiten seguir á estos pueblos más allá del Este del Don que con razón fué en otro tiempo considerado como límite de Europa; de suerte que todas estas corrientes salvajes van á desembocar en el gran mar central asiático-europeo de pueblos. Al contemplar el continuo flujo y reflujo de estas masas, acuden á la memoria las palabras pronunciadas por Enrique Barth en presencia de las ruinas de Garó, la capital de Sonrhay: «Profundamente conmovido contemplé la escena en donde se habían agitado esas admirables y misteriosas olas de pue-

blos que incesantemente se suceden y se enlazan sin dejar apenas huella de su existencia y sin acusar, á lo menos en apariencia, el menor progreso en la vida universal.»

Pronto veremos si algún rayo de luz viene á iluminar esta opinión pesimista. Ya anteriormente (tomo I, pág. 11) hemos hablado aunque ligeramente del nomadismo, manifestando que la sola consideración de la misión necesaria que éste había realizado en el desarrollo de las grandes potencias políticas y civilizadas constituía un punto luminoso en medio de tan sombrías tintas.

Todo país poco fértil y dotado de un clima desfavorable á la agricultura no permite á los pueblos que lo habitan ser



Una berberisca. (De una fotografía).

en él sedentarios sino que les obliga á emigrar. Una población exigua en un territorio vasto significa emigración en gran escala, desaparición de fronteras únicamente fijas allí donde los pueblos se encuentran con frecuencia, empuje de unos á otros, mezcla y desbaste. Así se engendra lo que se llama nomadismo; pero esta palabra tiene otros muchos significados: la vida errante de una horda de bosquimanos que anda en busca de caza y de raíces es muy distinta de la existencia pastoril de los masais y de los árabes; y los tehuelches del Sud de Patagonia, á pesar de la común posesión de caballos que tantas semejanzas hace nacer entre ellos, son muy diferentes de los abiponeros ó tobas y mucho más de los kirguises que al igual que ellos habían crecido juntos con sus caballos. No nos proponemos estudiar aquí á los pueblos cazadores emigrantes que más que obligados por la naturaleza movidos por su propia afición se encuentran en todas las zonas de la tierra y en cualquier territorio por miserable que sea, sino á aquellos nómadas dueños de grandes rebaños que son un gran factor en la historia del mundo antiguo y se contraponen naturalmente á los pueblos naturales. Esos pueblos son pueblos pastores que ocupan vastos territorios, que cuentan un número de individuos relativamente grande aparentemente aumentado por su misma movilidad, que poseen todas las virtudes

y los vicios de las tribus, endurecidos en la guerra y armados con todos los elementos esenciales del tesoro de la civilización de cada época. los cuales, no obstante, no pueden impedir que á menudo el agujón de la miseria les impulse á traspasar sus fronteras asolando, en el verdadero sentido de la palabra, como la movediza arena de sus estepas, el suelo fecundizado por la civilización.

La causa de la vida errante de los ganaderos no está sólo en que por un lado los prados sean sobrado pobres en forrajes para permitir una residencia fija con grandes rebaños, razón por la cual los campamentos han de avanzar cada dos semanas, aun en la mejor estación del año, 10 ó 15 kilómetros, ni en que, por otra parte, los distintos períodos de lluvias y de inundaciones hagan aparecer diferentes los pastos en los diversos lugares según las varias estaciones; hay además, aun aparte de las luchas, otras causas de emigración que no dejan de tener su importancia. Los bedjahes, por ejemplo, vense obligados durante el verano, es decir durante el período de las lluvias, á trocar sus arenosos pastos del Sud de Sennar por los distritos selváticos del Sennar central y del alto Sennar para huir de ciertas moscas perjudiciales á los camellos, y aunque sus soberanos se aprovechaban de estas emigraciones forzadas para imponerles crecidos tributos en camellos, no por eso dejaban ellos de repetirlos periódicamente. Cuando el nomadismo se convierte en una necesidad impuesta por las circunstancias, déjase sentir con más ó menos intensidad según la riqueza de las comarcas que ha ocupado una tribu, pero nunca encontramos la permanencia en absoluto fija en un territorio: á menudo también los ataques de tribus extranjeras obligan á otras á abandonar ricos pastos ó por lo menos les impiden explotarlos completa y constantemente. Los árabes hassanis de Sennar poseen, según Kotschy, tantas cabras, ovejas, vacas y camellos que alimentan con leche hasta los tres años á las razas más nobles de camellos y caballos: esa tribu posee el más exuberante país de pastos de cuantos se extienden á lo largo de la orilla del río, siendo innegable que goza de mayor bienestar que las tribus vecinas; pero algunos años acuden desgraciadamente para ellos las numerosas hordas de árabes kababiches de las comarcas occidentales á las orillas del Nilo agotando en poco tiempo todos los pastos y no dejando á los hassanis más que escasos residuos. Sucede así mismo que algunos grupos nómadas no pueden hacer vida de pastores á consecuencia de los ataques de tribus extranjeras y esta es quizás la primera causa de que el nomadismo sólo sea cualidad propia de fracciones aisladas de una tribu entera. Los ababdehes son elocuente ejemplo de la modificación gradual que con tanta frecuencia sufren las relaciones de la vida de los nómadas y al propio tiempo de la variedad social interna que gracias á ello se desarrolla en el seno de una población tan extensamente difundida pero poco densa y por ende sometida á la influencia de los más distintos agentes externos. Klunzinger evalúa el número total de los ababdehes en unos 30.000, cifra que R. Hartmann parece confirmar. Esta tribu habita entre el Nilo y el mar Rojo, en el Alto Egipto, Nubia, Sennar y Takka y es la que cuida del servicio de camellos entre Keneh y Kuser, Korosko y Abu Hammed, Debbe y Kartum. No todos los ababdehes, sin embargo, son nómadas: los que viven en el mar Rojo se dedican á la pesca y llevan sus pescados salados al interior; otros recorren el país como buhoneros; los sedentarios en el valle del Nilo viven juntos en aldeas y se aplican á la agricultura; otros se ocupan en hacer carbón, ó en recoger leña ó en reunir drogas del desierto; los que residen en las ciudades explotan la indus-

tria y el comercio; y finalmente los hay dedicados al servicio telegráfico del desierto arábigo.

Sólo por virtud del fuerte aumento de los rebaños hácese el nomadismo económico: éste, en el fondo, es un mal elemento de economía pues pierde tiempo, sacrifica fuerzas en inútiles movimientos y devasta buen número de cosas útiles. Prschewalskij, que en el Urungu siguió los senderos de una horda kirguisa indicados por montones de huesos y cadáveres de reses sacrificadas y por la devastación de toda clase de arbustos y de árboles, no pudo menos de exclamar: «¡Qué juicio de Dios sería para los estados civilizados del Oeste de Europa, el que estas hordas se lanzaran contra el continente europeo, como se lanzaron los hunos, los godos y los vándalos!» Paralela á esta podía haber sido esa otra exclamación: ¡qué suerte que esas emigraciones en masa lleven en su seno tantos gérmenes de pérdidas que traen consigo como consecuencia necesaria una debilitación de las fuerzas de movimiento y empuje tan á menudo perjudiciales á la civilización! Tales como son agítanse en un torbellino de productos y de pérdidas del que raras veces salen fuerzas creadoras. El desierto y la pradera difieren mucho entre sí por lo que toca á la aptitud para alimentar á los pueblos, pero los pastores no saben hacer de la riqueza de la última una base de una existencia segura y floreciente, tanto menos cuanto que se encuentran en una naturaleza que aproxima de una manera funesta las obras humanas si á su acción no se opone un gran caudal de paciente trabajo. En todas partes distingúense los pastores desfavorablemente por una cierta negligencia que en el caso más propicio contrasta con la diligencia de la agricultura. Habiendo Richardson preguntado á un tuareg de su confianza «¿Cómo viven, en qué se ocupan los tuaregs?» contestóle franca y gráficamente: «Cuando la *nagha* (camella) tiene á su pequeñuelo y no da leche venimos á Ghat y aquí comemos dátiles, *chusub*, y pan, caso de que podamos proporcionárnoslos; cuando la *nagha* da leche regresamos á nuestro territorio, bebemos leche de camello y nos tumbamos á un lado del camino: he aquí todo lo que hacen los tuaregs.» «Este pueblo — añade Richardson — está resuelto á participar lo menos posible de aquella antigua maldición por la cual viene el hombre condenado á ganar el pan con el sudor de su rostro.» Pero no todos los habitantes del desierto se encuentran en tan favorables condiciones como la mayoría de los tuaregs que ocupan los mejores territorios del Sahara. En el desierto hay mendigos como hay gentes que gozan de algunas ventajas entregadas á la indolencia sin por esto nadar en la abundancia. Prescindiendo del problema que simplemente afecta á las ciencias naturales de si la estepa aparece cada vez más árida y cubierta de arena, es indudable que la pereza ó el afán de lucha de los pueblos han destruído aquí una parte del trabajo de la cultura. En muchos puntos la zona de arenas movedizas avanza notablemente: Mainew dice que en el punto en que con ella se toca el camino Karschi-Buradalyk la arena va gradualmente cubriendo la tierra y amenaza destruir en un porvenir no lejano todos los cultivos establecidos en la orilla derecha del Amur: al borde de aquella zona álzanse corpulentos álamos (*Populus diversifolia*) y altos tamariscos, unos y otros semi sepultados por la arena. Esta progresiva devastación de la cultura demuéstrase, además, por el hecho de que en todo el trozo de estepa comprendido entre Karschi y las ciudades del Amur encuéntanse caminos anchos y apisonados en donde se ven aún huellas de ruedas; prueba evidente de que por ellos se hacía, no mucho tiempo há, un animado tráfico, lo cual aparece también demostrado por la bien dispuesta colocación de pozos, por la

famosa Sardoba y por las ruinas de una parada de caravanas que en ésta se conservan todavía

Los desiertos y las estepas no pudieron ser habitados por hombres de un grado primitivo de cultura, pues en los pocos parajes en que el suelo aparece fértil la naturaleza del terreno de estepa exige la importación de plantas de otros países que hagan de esa fertilidad un elemento útil para los fines del hombre, el riego artificial, el laboreo activo, en una palabra una agricultura avanzada y un animado tráfico. En cambio allí donde el desierto se presenta en toda su aridez hácese imposible la vida del hombre que todavía no ha sabido explotar en su favor la resistencia del camello y la ligereza del caballo. Aun en la actualidad hay en el desierto espacios completamente intransitables y en muchos puntos durante el período de la mayor sequía sólo puede ser atravesado por los que cabalgan en camello y están perfectamente equipados; por esta razón aconsejaron en Ghat á Richardson que hiciese el viaje de Tuat á Timbuktú durante el verano porque en esta estación no podían los bandidos mantenerse en el desierto. Desgraciadamente no tenemos ningún dato histórico acerca de la duración de la época en que el desierto estuvo poblado, y únicamente del hecho de no ser el caballo ni el camello de origen africano podemos deducir que no pudo haber allí población alguna hasta que se hubo desarrollado un animado tráfico con Asia á consecuencia del cual se importaron á Africa estos «buques del desierto.» El más antiguo monumento egipcio que encontramos en el desierto libio data de Thutmosis II, pudiendo casi asegurarse que antes de los egipcios habitaron en él los bereberes. Hay que tener, sin embargo, en cuenta que esta es una de las partes más accesibles del desierto: los romanos encontraron habitados Fessán y Tibesti y los cartagineses reclutaban su caballería entre las tribus del desierto, fechas todas estas que nos remontan á una época prehistórica. En distintos puntos del desierto se han encontrado innumerables utensilios de piedra, y en el valle que se abre entre el Atlas y la cordillera Haggar aparecen en número sorprendente trozos de pedernal que también vió Zittel en el centro del desierto libio entre Dajel y Regenfeld. La presencia de estos objetos de piedra es un hecho digno de atención tanto más cuanto que se reproduce al Oeste de Egipto, en Magreb, pudiendo decirse que ha sido demostrada en la región que se extiende desde el Schott y los alrededores de Tlemecén, al Norte, hasta los 27° de latitud Norte y desde Kufra, al Este, hasta la parte occidental de Marruecos, con la particularidad de ser en el Sud más numerosos pero también más bastos. En el territorio comprendido entre Biskra y Wargla pasando por Tuggurt, encontró Rabourdin en 18 sitios distintos en que practicó excavaciones (entre los 32° y los 27° de latitud Norte) 367 utensilios de pedernal. También poseemos objetos de piedra pulimentados procedentes de Taudeni, y Oscar Lenz, que nos los ha transmitido, habla asimismo de un objeto de nefrita. En algunos sitios en que hoy el Sahara se nos presenta inhospitalario y completamente desierto, encuéntanse además de estos otros restos que demuestran que antiguamente tuvieron aquéllos una población permanente: recordemos, sino, las fortificaciones, las torres vigías, los castillos y las residencias fortificadas de la época romana que llegan hasta muy adentro del Sahara ó las ruinas de ciudades procedentes de una época berberisca ó prearábica que se han descubierto en Wargla y en Wadi Mija.

Pero todos estos testimonios de una población en otro tiempo más extendida aparecen siempre muy cerca de los actuales territorios civilizados y aun cuando son una prue-

ba de un clima en lo antiguo más favorable, el círculo de éste resulta de todas maneras constantemente limitado: respecto de la construcción de numerosos pozos en medio del desierto los franceses han podido experimentar, en el presente siglo, hasta qué punto ha dado brillantes resultados. Es muy probable que en remota antigüedad fuese allí el cultivo más intenso (y de seguro lo fué en la Cirenaica y en Túnez) no siendo aventurado afirmar que la tala de bosques, la destrucción de los antiguos medios de riego y la disminución del terreno de labor que de ello se siguió fueron las principales causas de que disminuyeran las lluvias y esto, á su vez, motivó en primero y principal término que fuesen cada vez menores las extensiones de tierra cultivable. También se ha querido dar cierta importancia para la solución de esta cuestión á las muchas esculturas labradas en las rocas que se encuentran en diferentes puntos del desierto y que representan bisontes, bueyes y á veces avestruces y elefantes, animales que hoy no existen en estas comarcas: E. Barth ha visto gran número de ellas en el Fessán occidental en el camino que conduce al país de Air, sorprendiéndole sobre todo las del valle de Tellissaré labradas en las abruptas y lisas rocas areniscas, de las que dice que no son garabatos sino que están grabadas con muy marcados perfiles por mano segura y experta en esa clase de trabajos y que difieren esencialmente de todos los hallazgos hechos en este territorio. La más importante representa un grupo de tres individuos (véase el grabado de la pág. 165): á la izquierda se ve una gran figura casi humana con la cabeza de un género especial de toro ó de antílope con una flecha y un arco en la mano izquierda en actitud de disparar; enfrente de esta extraña figura hay otra también humana y con cabeza de animal que recuerda al Ibis egipcio, aunque sin ser idéntico á él, y que sostiene asimismo con una mano un arco, pero sin flecha. En medio de estas dos figuras que, al parecer, están luchando hay un buey con las piernas terminadas en punta que mira á la de la derecha y toca su arco (ó quizás quiere romperlo). En esta comarca se encuentran otras esculturas representando rebaños de bueyes muy apretados dirigiéndose todos á un determinado punto como si fueran á un abrevadero; en otras parece que se ve un buey penetrando en un círculo que recuerda los círculos sacrificatorios tan extendidos por toda el Africa. Nachtigal ha descrito también minuciosamente esculturas en las rocas en el corazón del país Tibbí, en Tibesti.

Por lo que á la significación de estas esculturas se refiere ocurrese, ante todo, la pregunta de si el animal corrido tan á menudo reproducido, es realmente el buey y no uno de los antílopes tan abundantes en el desierto. Esta pregunta está perfectamente justificada, pues en los dibujos de Barth, por lo menos, no aparece enteramente claro que sean bueyes los animales que este autor acepta incondicionalmente como tales sacando de ello trascendentales consecuencias. Pero partiendo de la opinión de Barth y de otros autores, Nachtigal el primero, que pretenden reconocer al buey en muchas de estas esculturas, podemos ver en algunas, á lo menos en la que Nachtigal vió en el país Tibbí, la reproducción de un animal cuya existencia sería incompatible con las condiciones del desierto. No queremos deducir inmediatamente de esto que el buey haya sido utilizado antiguamente en estas comarcas no sólo común sino exclusivamente como animal de carga en vez del camello, puesto que éste no aparece en esas esculturas ni en los monumentos egipcios; queremos sí indicar que la presencia en otro tiempo de los bueyes en estos territorios presupone otro clima y por ende otras condiciones de